

Una ingenua visión, una objetivación minuciosamente realista del mundo que nos rodea son, aparentemente, en este libro, los cauces hacia los cuales desliza Silvina Ocampo su extraordinario poder de creación. Nadie puede engañarse, sin embargo, respecto al contenido de estos relatos, a veces enterredores, a veces irónicos, siempre poéticos.

Personajes simples, de escasa dimensión espiritual en ocasiones —niños, mucamas, costureras, hombres sin relieve personal alguno— ofrecen una visión sin doblez de aconteceres vulgares, de situaciones cotidianas. Su sagaz penetración psicológica permite a la autora una absoluta fidelidad a estos personajes, mediante una ubicua primera persona que asume, con riguroso mimetismo, la estructura mental —y desde luego, la expresión verbal— de aquéllos. Muchos relatos adoptan, así, la forma del monólogo, de la carta, hasta de la conversación telefónica unilateral. Mucho cabría anotar acerca de la maestría con que técnicamente han sido realizados estos cuentos, que abordan con igual destreza la vivacidad del diálogo, la intensidad del monólogo interior o la descarnada objetividad del relato breve, de amplio margen sugestivo. Aún en las narraciones que no adoptan la ya señalada primera

persona, anotaremos que el ángulo de visión es tomado, por lo general, a partir de alguno de los seres, reales sin lugar a dudas, que viven en sus páginas. La simplicidad de espíritu de los personajes es precisamente el resorte que nos acerca una realidad inmediata y familiar, pero no por ello menos cargada de misterio y de mágica sugestión. Roces que no alcanzan a ser del todo sobrenaturales, sutiles interferencias entre los seres y los objetos, el oculto demonismo de las cosas, los signos aparentemente banales sobre los cuales no obstante se va tejiendo nuestro destino, todo ello conforma la realidad, certeramente intuída y hábilmente objetivada, de estos cuentos. Silvina Ocampo recorre, en algunos momentos, caminos ya tentados en nuestras letras desde los tiempos en que Chiappori ofrecía el mundo neblinoso de su "Borderland", o en que Horacio Quiroga, con pasmosa frialdad, narraba sucesos escalofriantes; ciertamente "La Boda" nos trajo el recuerdo de uno de los más celebrados cuentos de Quiroga. Por otra parte, son bien conocidos los temas de encarnaciones, presagios, recuerdos, transmigraciones, que desde el acervo folklórico de los más antiguos pueblos, y confluendo con corrientes pseudocientíficas o metacientíficas, nutren una vasta literatura. La exploración de tiempos simultáneos o ajenos a nuestra percepción habitual es otra rica veta ofrecida al cuento que habitualmente se denomina "fantástico", el cual se apodera del futuro —también la autora lo hace en un relato incluíble tal vez en la fascinadora "fantaciencia"—, indaga en el pasado, se adentra en el rico venero de lo legendario o de los mitos infantiles, irrumpe en el mundo de lo no racional, del sueño, de la animalidad siempre remota y misteriosa para el hombre (piénsese en el relato "Azabache"), y no retrocede en suma ante ninguna frontera espacial ni temporal. La pretensión de novedad no es quizás más que un snobismo en literatura; estos cuentos, hilados sobre temas en su mayor parte ya tradicionales, hallan plena justificación en la firme verdad artística que les confiere autonomía. Por otra parte, Silvina Ocampo no acentúa precisamente los aspectos sobrenaturales —llamémosles así— en cuanto tales. Todos los elementos de su mundo, rasgos del cotidiano vivir, presentimientos, anacronismos, encarnaciones, etc., se dan en armónica integración, configurando una realidad o si se quiere, suprarrealidad, de contornos absolutamente convincentes. Leyendo los cuentos de "La Furia" hemos evocado, asimismo, en algún momento, el limpio goce intelectual que nos deparara "Autobiografía de Irene", colección de magníficos relatos que no creemos hayan sido superados. La tensión metafísica que vertebrara aquella obra no está tampoco ausente en las narraciones que comentamos. Por el contrario, su gravitación es permanente, y es a ese mundo absoluto al que aluden los hechos en apariencia triviales del diario acontecer. La visión primaria de los personajes totalmente carnales que este libro nos presenta, muestra en forma directa, sin prolegómenos, el anverso y reverso de esa compleja trama que constituye la existencia. Finos toques de humor o de ironía desdoblan agradablemente para nosotros esta transparente visión de los objetos, librándonos el acceso a categorías de orden superior.

En suma, nos hallamos ante una obra que presenta, a través de la singular pericia narrativa de Silvina Ocampo, una nueva faceta de su espléndido y elaborado mundo de ficción.